

estancas y que los procesos variados puedan contaminarse, mezclarse, producir nuevos acontecimientos.

Tenemos los pies en Lavapiés, la mayoría somos ciudadan@s de este barrio, comprometid@s con sus derivas, sus problemas, habitamos su dificultad, buscamos salidas a las políticas que lo dejan en manos del tiburón inmobiliario, de la planificación del mercado, de los amos del dinero. Lo hemos vivido, lo sufrimos, pero sabemos que cualquier intervención local está enraizada en un contexto global, no sólo metropolitano, también en eso que llamamos economía mundo.

De modo que actuando desde aquí, y para intervenir sobre Lavapiés, nos disponemos también, necesariamente, a explorar la ciudad de Madrid. O lo que es lo mismo, el modelo de ordenación territorial, desarrollo, producción y organización social de la vida en el que estamos sumid@s o al que parece que nos dirigimos a través de la globalización. Las grandes metrópolis centrales y sus áreas de influencia son los espacios de intervención a los que nos vemos abocados incluso cuando nuestra práctica política se resume en territorios más explícitos, sean barrios, cuencas hidrográficas, artes, comunicación o Estados. La interrelación, la interdependencia de las acciones en los ámbitos diversos es tal que no se puede obviar: ninguna intervención parcial o local puede pasar por alto el marco en el que se mueve, tanto porque cualquier resultado parcial afectará al marco central como porque este tratará de subsumir y afectar a lo local.

Este Madrid es un entramado complejísimo de relaciones, dependencias y núcleos de diversa composición e intereses. En ese sentido la creación de un espacio plural exige que tenga un necesario carácter experimental: las comunidades sociales no vienen determinadas por los mismos parámetros de relación que hace cinco, diez, veinte o treinta años y eso debe ponerse en juego para que la acción política y social pueda tener un carácter creativo y no perderse en repeticiones y clichés que conduzcan a una actuación separada de las nuevas posibilidades y deseos de transformación.

En un espacio okupado la diversidad no sólo es enriquecedora, sino una condición necesaria de la realidad. Desde aquí –y en el preciso momento en que se inicia la experiencia de un espacio que se pretende nuevo– la propia transformación del lugar sugiere la posibilidad de comenzar –también con nuestras vidas– un experimento permanente de redefinición de las relaciones, contenidos y estéticas que operan en el espacio en tanto que (centro) social, pero también poner en el terreno de la experimentación, de la producción de nuevas realidades, todo aquello que se queda "fuera": el centro social es un territorio de intervención y de proyección de las iniciativas hacia el conjunto de la sociedad. Se trata de poner en marcha un laboratorio que nos convierta en (co)investigadores de nuestras vidas (lenguajes, afectos, políticas, culturas, recursos), sin axiomas ni fórmulas maestras inamovibles, desde la práctica, de forma colectiva y cooperativa. Hacerlo, además, sin preocuparnos por descargar toda nuestra subjetividad en el proceso de investigación/experimentación, sin miedo a la duda, a la incertidumbre, a la búsqueda: componentes necesarios si se trata de (re)crear una comunidad, de hacer sociedades sin ataduras en la norma de lo establecido. Ratas de laboratorio liberadas que investigan sobre sí mismas y sobre el mundo en el que viven. La vida como condición de investigación. Una práctica política entre la realidad y la ficción que inventa otro mundo. Nadie está fuera de la investigación: en nuestro mundo complejo cada cual investiga constantemente para poder/querer vivir: para obtener recursos, para tejer alianzas que permitan actuar en libertad, para establecer relaciones y afectos, para